Unidad 2

- La Intuición como Método de la Filosofía

- 2.1 Método discursivo y método intuitivo
- 2.2 La intuición sensible
- 2.3 La intuición espiritual
- 2.4 La intuición intelectual, emotiva y volitiva
- 2.5 Representantes Filosóficos de cada una
- 2.6 La intuición en Bergson
- 2.7 La intuición en Dilthey
- 2.8 La Intuición en Husserl

LA INTUICIÓN COMO MÉTODO DE LA FILOSOFÍA

2.1 Método Discursivo y Método Intuitivo

En nuestra lección anterior habíamos tomado como tema el método de la filosofía, y habíamos llegado al punto en que la intuición se nos presentaba insistentemente en la historia del pensamiento filosófico como el método fundamental, principal, de la filosofía moderna.

Descartes fue, en la filosofía moderna, el primero que descomponiendo en sus elementos las actitudes en que nos situamos ante el mundo exterior y ante las opiniones transmitidas de los filósofos, llega a una intuición primordial, primaria, de la que luego parte para reconstruir todo el sistema de la filosofía. Descartes hace, pues, de la intuición el método primordial de la filosofía.

Más tarde, después de Descartes, el método de la intuición sigue estando en florecimiento entre los filósofos modernos. Lo emplean principalmente los filósofos idealistas alemanes (Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer) y en la actualidad, el método de la intuición es también generalmente aplicado en las disciplinas filosóficas.

Así, pues, he pensado que sería conveniente dedicar toda una lección al estudio detenido de lo que es la intuición, de cuáles son sus principales formas, de cómo actualmente, en la filosofía del presente, las distintas formas de intuición están representadas por diferentes filósofos y distintas escuelas. Y sacar luego las conclusiones de este estudio, para fijar en líneas generales el uso que nosotros mismos vamos a hacer aquí de la intuición como método filosófico.

Lo primero que vamos a preguntarnos es: ¿Qué es la intuición? ¿En que consiste la intuición?

La intuición se nos ofrece, en primer término, como un medio de llegar al conocimiento de algo, y se contrapone al conocimiento discursivo. Tenemos, pues, esta paradoja de métodos opuestos que son el método discursivo y el método intuitivo.

Para comprender bien lo que sea el método intuitivo, conviene, por consiguiente, que lo exponamos en contraposición al método discursivo.

Más fácil será comenzar por el método discursivo.

Como la palabra “discursivo” indica, este método tiene que ver con la palabra “discurrir” con la palabra “discurso”. Discurrir y discurso dan la idea, no de un único acto enderezado hacia el objeto, sino de una serie de actos, de una serie de esfuerzos sucesivos para captar la esencia o realidad del objeto.

Discurso, discurrir, conocimiento discursivo es, pues, un conocimiento que llega al término apetecido mediante una serie de esfuerzos sucesivos que consisten en ir fijando, por aproximación sucesiva, una tesis que luego son contradichas. Discutidas por uno consigo mismo, mejoradas, sustituidas por otras nuevas tesis o afirmaciones, y así hasta llegar a abrazar por completo la realidad del objeto y por consiguiente obtener, de esta manera el concepto.

El método discursivo es, pues, esencialmente un método indirecto. En vez de ir el espíritu recto al objeto, se pasea, por decirlo así, alrededor del objeto, lo considera y contempla en múltiples puntos de vista; lo va abrazando cada vez más de cerca, hasta que por fin consigue forjar un concepto que se aplica perfectamente a él.

Frente a este método discursivo está el método intuitivo. La intuición consiste exactamente en lo contrario. Consiste en un acto único del espíritu que de pronto, súbitamente, se lanza sobre el objeto, lo aprehende, lo fija, lo determina por una sola visión del alma. Por eso la palabra "intuición" tiene que ver con la palabra "intuir", la cual, a su vez, en latín significa "ver". Intuición vale tanto como visión, como contemplación.

El carácter más aparente del método de la intuición es el ser directo, mientras que el método discursivo es indirecto. La intuición va directamente al objeto. Por medio de la intuición se obtiene un conocimiento inmediato; mientras que por medio del discurso, del discurrir o razonar, se obtiene un conocimiento mediato, al cabo de ciertas operaciones sucesivas.

2.2 La Intuición Sensible

¿Existen en realidad intuiciones? Existen; y el primer ejemplo, y más característico, de la intuición, es la intuición sensible, que todos practicamos a cada instante. Cuando con una sola mirada percibimos un objeto, un vaso, un árbol, una mesa, un hombre, un paisaje, con un solo acto y hemos llegado a tener, a captar ese objeto. Esta intuición es inmediata, es una comunicación directa entre mí y el objeto.

Por consiguiente, es claro y evidente que existen intuiciones, aunque no fuera más que esta intuición sensible. Pero esta intuición sensible no puede ser la intuición de que se vale el filósofo para hacer su sistema filosófico. Y no puede ser la intuición de que se vale el filósofo por dos razones fundamentales. La primera es que la intuición sensible no se aplica más que a objetos que se dan para los sentidos, y por consiguiente, solo es aplicable y válida para aquellos casos que por medio de las sensaciones nos son inmediatamente dados.

En cambio de esto, el filósofo necesita tomar como objeto de su estudio objetos que no se dan inmediatamente en la sensación y en la percepción sensible; tiene que tomar por término de su esfuerzo objetos no sensibles. No puede servirle, por consiguiente, la intuición sensible.

Pero además, hay otra razón que impediría al filósofo usar de la intuición sensible, y es que esta, en rigor, no nos proporciona conocimiento, porque como no se dirige más que a un objeto singular, a este que está delante de mí, al que efectivamente está ahí, la intuición sensible tiene el carácter de la individualidad, no es válida más que para ese particular objeto que está delante de mí.

En cambio la filosofía tiene por objeto no lo singular que está ahí, delante de mí, sino objetos generales, universales. Por consiguiente, la intuición sensible, que está por su esencia atada a la singularidad del objeto, no puede servir en filosofía, la cual, por su esencia, se endereza a la universalidad o generalidad de los objetos.

2.3 La Intuición Espiritual

Si no hubiese otra intuición que la intuición sensible, la filosofía quedaría muy mal servida con esa intuición sensible.

Pero es el caso que hay en nuestra vida psíquica otra intuición además de la intuición sensible. Existe, digo, otra intuición que por de pronto, antes de cambiarle el nombre, vamos a llamarla "intuición espiritual". Así, por ejemplo, cuando yo aplico mi espíritu a pensar este objeto: "que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo", vea sin necesidad de demostración (la demostración es discurso y conocimiento discursivo) con una sola visión del espíritu, con una evidencia inmediata, directa y sin necesitada de demostración, que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. El principio de contradicción, como lo llaman los lógicos, es, pues, intuitivo por una visión directa del espíritu; es una intuición.

Cuando yo digo que el color rojo es distinto del color azul, también esta diferencia entre el rojo y el azul la veo con los ojos del espíritu mediante una visión directa e inmediata. He aquí otro segundo ejemplo de una intuición que ya no es sensible. Es sensible la intuición del rojo; es sensible la intuición del azul; pero la intuición de la relación de diferencia –la intuición de que el rojo es diferente del azul-, esa ya no es una intuición sensible, como el azul o el rojo.

Cuando yo digo que la distancia de un metro es menor que la distancia de dos metros, esta diferencia, esta relación, es el objeto de una intuición, y no es un objeto sensible.

Por consiguiente, la intuición que estos ejemplos nos descubre, no es una intuición sensible. Existen, pues, una intuición espiritual, que se diferencia de la intuición sensible en que su objeto no es objeto sensible. Esta intuición tampoco se hace por medio de los sentidos, sino que se hace por medio del espíritu.

Hasta ahora voy hablando del espíritu en general, sin precisar mayormente. Pero ahora es preciso ir depurando, purificando, esclareciendo más esta noción que ya tenemos de la intuición.

Si consideramos los ejemplos con que hemos ilustrado esta intuición espiritual, nos damos enseguida cuenta de que ellos no se ponen ante un género de objetos que son siempre relaciones; y estas relaciones son de carácter formal. Se refieren a la forma de los objetos. No a su contenido, sino a ese carácter por decirlo así exterior, que todos los objetos tienen de común: la dimensión, el tamaño, etc. Entonces, por medio de la intuición espiritual, en el sentido en que la hemos empleado hasta ahora, percibimos directamente, intuimos directamente formas de los objetos; el ser mayor o el ser menor; el ser grande o el ser pequeño con relación a un módulo; el poder ser o no ser al mismo tiempo. Pero todas estas son formalidades.

La intuición espiritual, en los ejemplos que yo he puesto es, pues, una intuición puramente formal. Si no hubiese otra en la vida del filósofo, malparado andaría el filósofo. Si no pudiese tener más intuiciones que intuiciones formales, tampoco podría construir su filosofía, porque con puros formalismos no se puede penetrar en la esencia, en la realidad misma de las cosas. Pero es así que el filósofo pretende, más que ningún otro pensador, penetrar hasta el último fondo de la realidad misma de las cosas. Por

consiguiente, si no pudiera servirse más que de una intuición que lo obligue a priori a permanecer en lo puramente formal, en las relaciones de pura forma, entonces el filósofo quedaría detenido en su marcha a los pocos pasos.

Pero hay en la vida del filósofo otra intuición que no es puramente formal. Hay otra intuición que por contraponerla a la intuición formal llamaremos “intuición real”. Hay otra intuición que penetra el fondo mismo de la cosa, que llega a captar su esencia, su existencia, su consistencia. Esta intuición, que directamente va a fondo de la cosa, es la que aplican los filósofos. No una simple intuición espiritual, sino una intuición espiritual de carácter real, por contraposición a la intuición de carácter formal, a que antes me refería. Y esta intuición de carácter real, esta salida de espíritu que va a ponerse en contacto con la íntima realidad esencial y existencia de los objetos, esta intuición real, la podemos a su vez dividir en tres clases, según que en ella, al verificarla, predomine por parte del filósofo la actitud intelectual, o la actitud emotiva, o la actitud volitiva.

2.4 La Intuición Intelectual, Emotiva y Volitiva

Cuando en la actitud de la intuición el filósofo pone principalmente en juego sus facultades intelectuales, entonces, tenemos la intuición intelectual. Esta intuición intelectual tiene en el objeto su correlato exacto. Ya saben ustedes que todo acto del sujeto, todo acto del espíritu en su integridad, se endereza hacia los objetos, y el acto del sujeto tiene entonces siempre su correlato objetivo.

El correlato objetivo, cuando la intuición es predominante intelectual, consiste en la esencia del objeto. La intuición intelectual es un esfuerzo por captar directamente, mediante un acto directo del espíritu, la esencia o sea lo que el objeto es.

Pero hay además otra actitud intuitiva del sujeto, en donde predominantemente actúan motivos de carácter emocional. Esta segunda especie de intuición, que llamamos intuición emotiva, tiene también su correlato en el objeto. El correlato, a que se refiere en intencionalidad la intuición emotiva, no es ya la esencia del objeto, no es ya lo que el objeto es, sino el valor del objeto, lo que el objeto vale.

En el primer caso la intuición nos permite captar el “eidos”, como se dice en griego, la esencia o la consistencia, como suelo yo decir en un lenguaje más propio mío, la consistencia del objeto. En el segundo caso, en cambio, lo que captamos no es lo que el objeto es, sino lo que el objeto vale, es decir, si el objeto es bueno o malo, agradable o desagradable, bello o feo, magnífico o mísero.

Todos estos valores que están en el objeto son captados por una intuición predominante emotiva.

Y hay una tercera intuición en donde las motivaciones internas del sujeto, que se coloca en esa actitud, son predominantemente volitivas. Esta tercera intuición en donde los motivos que chocan son derivados de la voluntad, derivados del querer, tienen también su correlato en el objeto. No se refiere ni a la esencia, como la intuición intelectual, ni al valor, como la intuición emotiva. Refiérese a la existencia, a la realidad existencial del objeto.

Por medio de la intuición intelectual propende el pensador filosófico a desentrañar lo que el objeto es. Por medio de la intuición emotiva propende a desentrañar lo que el objeto vale, el valor del objeto. Por medio de la intuición volitiva, desentraña, no lo que es, sino que es, que existe, que esta ahí, que es algo distinto de mi, la existencia del ser se descubre al hombre mediante un tipo de intuición predominantemente volitiva.

2.5 Representantes Filosóficos de cada una

Estos tres tipos de intuición han sido representados ampliamente en la historia del pensamiento humano.

La intuición intelectual pura la encontramos en la antigüedad, en Platón; en la época moderna en Descartes y en los filósofos idealistas alemanes, sobre todo en Schelling y en Schopenhauer.

La intuición emocional o emotiva, también esta ampliamente representada en la historia del pensamiento humano. En la antigüedad la encontramos en el filosofo Plotino; mas tarde, en alto grado, llevado a uno de los mas sublimes niveles de la historia del pensamiento, la encontramos en San Agustín. En la filosofía de San Agustín la intuición emotiva llega a refinamientos y a logros extraordinarios. Después de San Agustín, durante toda la Edad Media, combaten, luchan unos contra otros, los partidarios de la intuición intelectual y de la intuición emotiva. Las escuelas, principalmente de los franciscanos, las escuelas místicas, se contraponen al racionalismo de Santo Tomas.

Corre por toda la Edad Media este doble fluir de los partidarios de una y otra intuición. Y por ultimo, cosa sorprendente, la intuición emotiva, la intuición mística, que no deja de estar teñida de un elemento religioso, se encuentra en dos pensadores modernos, en quienes apenas si se ha notado hasta ahora. Uno es Espinosa. En muchísimos libros de filosofía encontréis que Espinosa no hace uso de la intuición; que Espinosa demuestra sus proposiciones "more geométrico", como puras demostraciones de teoremas de geometría, donde el elemento discursivo ahoga por completo toda intuición. Sin embargo, eso es pura apariencia. En realidad, en el fondo de la filosofía de Espinosa hay una intuición mística; y llega un momento, en el ultimo libro de la Ética de Espinosa, que bajo la forma de una demostración geométrica, aparece la intuición emotiva, que rompe los moldes lógicos de la demostración y se hace patente al lector, no sin una conmoción verdaderamente tremenda del alma; y es cuando Espinosa, al llegar casi al termino de su libro, se siente elevado, se siente sublimizado en el propósito filosófico, que desde el principio lo hace alentar, y escribe esta frase como enunciado de uno de sus últimos teoremas: "sentimos experimurque nos esse aeternos", que quiere decir: "Nos sentimos y experimentamos que somos eternos". Ahí se ve bien hasta que punto toda esa costra de teoremas y de demostraciones estaba recubriendo una intuición palpitante de emoción, una intuición mística de la identidad de lo finito con lo infinito y de la eternidad en el mismo presente.

El otro en donde también extrañara a ustedes ver aparecer esta intuición emotiva es nada menos que en el filósofo ingles Hume. Para Hume la existencia del mundo

exterior y la existencia de nuestro propio yo no pueden ser objeto de intuición intelectual; no pueden ser objeto ni de intuición intelectual ni de demostración racional. No se le puede demostrar a nadie que el mundo exterior existe, o que el yo existe. Lo único que se puede es invitarlo a que él diga si cree que existe el mundo exterior, o si cree que existe el yo; porque lo que del mundo exterior tenemos no es mas que un "belief", una creencia. Creemos, tenemos fe; es un acto de fe nuestra creencia en el mundo exterior y en la realidad de nuestro yo.

En cuanto a la intuición volitiva, tiene en la historia de la filosofía uno de los representantes mas grandes que sea dable imaginar. El que quizá mas profundamente a llegado a sentir esta intuición de carácter volitivo es el filósofo alemán Fichte. Fichte hace depender la realidad del universo y la realidad misma del yo, de una posición voluntaria del yo. El yo voluntariamente se afirma a si mismo; se crea, por decirlo así, a si mismo; se pone a si mismo. Y al ponerse a si mismo, se pone exclusivamente como voluntad, no por pensamiento; como una necesidad de acción, como algo que necesita realizarse en la acción, en la ejecución de algo querido y deseado. Y para que algo sea querido y deseado, el yo, al ponerse a si mismo, se pone, se propone mejor dicho, obstáculos a su propio desenvolvimiento, con objeto de poderse transformar en resolutor del problema, en actor de acciones, en algo que rompe esos obstáculos.

La realización de una vida que consiste en romper obstáculos, el dominar obstáculos, eso es para Fichte el origen de todo el sistema filosófico. Aquí tenemos en su mayor plenitud una intuición de carácter volitivo.

De modo que, como ustedes ven, en la historia de la filosofía moderna, los tres tipos principales de intuición se hallan amplia y magníficamente representados.

En la filosofía contemporánea, en la de los filósofos que viven aun o han desaparecido hace poco tiempo, tambien constituye la intuición la forma fundamental del método filosófico. En una u otra modalidad, la intuición constituye en toda la filosofía contemporánea el instrumento principal de que el filósofo se vale para lograr las adquisiciones de su sistema.

Las modalidades en que esa intuición se presenta en la filosofía contemporánea son muy variadas. Dicho sea de paso, existe en la filosofía contemporánea un inmoderado afán de originalidad. Cada filósofo grande, cada filósofo mediano, cada filósofo pequeño, cada filosofillo, cada filosofito, y hasta los estudiantes de filosofía, pretenden hoy tener su propio sistema. Es como los pintores y los músicos. Antiguamente, los pintores y los músicos pertenecían a una escuela y vivían tranquilos dentro de los métodos que su escuela musical o pictórica les daba. Pintaban modestamente, para ganarse la vida, cuadros muy decentes y aceptables, porque estaban sustentados en una estética clara y universalmente aceptada dentro de los recintos de su escuela. Pero hoy cada pintor quiere ser un renovador total de la pintura; y cada músico quiere renovar por completo el arte de la música. Y salen unas algarabías y unos bodrios horrorosos y espantosos por uno o dos que en efecto son hombres de genio y traen un elemento original a su arte, hay en cambio una infinidad de chapuceros que lo único que hacen es, como dicen en París, en el barrio de los artistas, "epatar al burgués".

En filosofía pasa algo parecido. Cada filósofo pretende tener su sistema. Si nosotros quisiéramos seguir en todos sus variados matices las divergencias que hay entre ese y este y este, estas pequeñas divergencias que hay entre uno y otro, con sus afanes de originalidad y de decir lo que nadie a dicho, nos perderíamos en una selva de nimiedades muchas veces poco significativas.

Haciendo una clasificación general, y tomando las principales figuras del pensamiento contemporáneo, podemos encontrar hasta tres modalidades en el uso del método de la intuición.

Estas tres modalidades las vamos a cubrir con los nombres de los filósofos que mejor las representan.

Tenemos primero la intuición como la emplea y practica Bergson. La segunda modalidad que voy a explicar esta principalmente representada por Dilthey. La tercera modalidad esta representada por Husserl, que ha formado una escuela bastante voluminosa por el número de sus secuaces y que suele llevar el nombre de “escuela fenomenológica”. El nombre es feo, muy feo, pero no lo puedo remediar. Es un trabalenguas si yo hubiera sido el autor de esto, lo hubiera llamado de un modo mas bonito.

Vamos a intentar brevemente caracterizar la clase de intuición que cada uno de estos tres pensadores preconiza como el método de la filosofía.

2.6 La Intuición en Bergson

Para Bergson la filosofía no puede tener otro método que el de la intuición. Cualquier otro método que no sea la intuición, falsearía radicalmente la actitud filosófica. ¿Por qué? Porque Bergson contrapone (hasta que punto con verdad, es lo que ahora no voy a discutir) la actividad intelectual y la actividad intuitiva. Para Bergson la actividad intelectual consiste en hacer lo que hacen los científicos; consiste en hacer lo que hacen los hombre en la vida ordinaria; consiste en tomar las cosas como cosas quietas, estáticas, compuestos de elementos que se pueden descomponer y recomponer, como el relojero descompone y recompone un reloj. El científico, el economista, el banquero, el comerciante, el ingeniero, tratan la realidad que tienen ante si como un mecanismo cuyas bases se pueden descoyuntar y luego volverlas a coyuntar. El científico, el matemático, considera la cosas que tiene delante como cosas quietas, que están ahí, esperando a que el llegue para dividir las en partes y fijar para cada elemento sus ecuaciones definitorias y luego reconstruir esas ecuaciones.

Según Bergson, este aspecto de la realidad que el intelecto, la inteligencia, estudia de esta manera, es el aspecto superficial y falso de la realidad. Por debajo de esa realidad mecánica que se puede descomponer y recomponer a capricho, por debajo de esa realidad que el dice realidad ya hecha, esta la mas profunda y autentica realidad que es una realidad haciéndose, que una realidad imposible de descomponer en elementos intercambiables, que es una realidad fluyente, que es una realidad sin distinciones, sin separaciones, ni estancamientos; que es, por consiguiente, una realidad en el fluir del tiempo, que se va de las manos tan pronto como queremos

apresarla; como cuando echamos agua en un cesto de mimbre, el agua se escapa por las aberturas.

De mismo modo, para Bergson el intelecto verifica sobre esa realidad profunda y movediza, una operación primaria que consiste en solidificarlo, en detenerla, en transformar lo fluyente en quieto. De ese modo se hace fácil la explicación, porque habiendo transformado el movimiento en inmovilidad, se descompone el movimiento en una serie infinita de puntos inmóviles.

Por eso para Bergson, Zenón de Elea, el famoso autor de los argumentos contra el movimiento, tendrá razón en el terreno de la intelectualidad y no tendrá jamás razón en el terreno de la intuición viviente. La intuición viviente tiene por misión abrirse paso a través de esas concreciones del intelecto, para usar una metáfora. El intelecto lo primero que ha hecho ha sido congelar el río de la realidad, convertirlo en hielo sólido, para poderlo entender y manejar mejor; pero lo ha falseado al transformar lo líquido en sólido, porque la verdad es que es líquido por debajo, y lo que tiene que hacer la intuición es romper esos témpanos artificiales de hielo mecánico, para llegar a la fluencia misma de la vida, que discurre por debajo de esa realidad mecánica.

La misión de la intuición es, pues, esa; oponerse a la labor del intelecto, o de lo que llama Bergson el pensamiento, “la pensée”. Por eso en su último libro ha llegado al refinamiento máximo quizá en la historia de la filosofía, que consiste en haber puesto en el título mismo de su libro la última esencia de su pensamiento: lo llama “la pensée et le mouvant”. El pensamiento y lo movedizo. Intelectual es el pensamiento. Pero el aspecto profundo y real es el movimiento, la continuidad del fluir, del cambiar, a lo cual sólo por intuición podemos llegar.

Por eso para Bergson, la metáfora literaria es el instrumento más apropiado para la expresión filosófica. El filósofo no puede hacer definiciones, porque las definiciones se refieren a lo estático, a lo quieto, a lo inmóvil, a lo mecánico y a lo intelectual. En cambio como la verdad última es lo movedizo y fluyente que hay debajo de lo estático, a esa verdad no se puede llegar por medio de definiciones intelectuales; lo único que puede hacer el filósofo es sumergirse en esa realidad profunda; y luego, cuando vuelva a la superficie, toma la pluma y escribe, procurando, por medio de metáforas y sugerencias de carácter artístico o literario llevar al lector a que verifique a su vez esa misma intuición que el autor ha verificado antes que él. La filosofía de Bergson es una constante invitación a que el lector sea también filósofo y haga él también las mismas intuiciones.

2.7 La Intuición en Dilthey

Pasemos ahora a intentar caracterizar en pocas palabras la intuición en Dilthey. La intuición de Dilthey se caracteriza brevemente con el adjetivo “volitivo”. La intuición de Dilthey es la intuición volitiva a que hace unos instantes me he referido. Para Dilthey también, como para Bergson, el intelectualismo, el idealismo, el racionalismo, todos aquellos sistemas filosóficos para quienes la última y más profunda realidad es el intelecto, el pensamiento, la razón, todas esas filosofías, para Dilthey son falsas, son insuficientes.

Para Dilthey no es la razón, no es el intelecto el que nos descubre la realidad de las cosas. La realidad, o mejor dicho todavía, la “existencia” de las cosas, la existencia viva de las cosas, no puede ser demostrada por la razón, no puede ser descubierta por el entendimiento, por el intelecto. Tiene que ser intuida con una intuición de carácter volitivo que consiste en percibirnos a nosotros mismos como agentes, como seres que antes de pensar quieren, apetecen, desean. Nosotros somos entes de voluntad, de apetito, de deseos, antes que entes de pensamiento. Y en tanto en cuanto que somos entes de la voluntad, queremos. Pero nuestro querer tropieza con dificultades. Esas dificultades con las cuales tropieza nuestro querer las convertimos en cosas. Esas dificultades son las que nos dan, inmediata e intuitivamente, noticia de la existencia de las cosas; y una vez que habiendo nuestra voluntad tropezado con resistencia ha llegado a luchar contra ellas, convierte esas resistencias en existencias.

La existencia de las cosas nos es, pues, dada a la intuición volitiva como resistencia de ellas. Por eso el primer atisbo de filosofía existencial está en Dilthey.

Hay un filósofo francés, no diré poco conocido pero si menos conocido, Maine de Biran, que vivió a mediados del siglo XIX y que durante su vida y su actuación filosófica, pasó no diré desapercibido pero si poco aperecido. Maine de Biran fue quizá el primero, o uno de los primeros (porque siempre es posible quizá rastrear antecedentes) que denuncia este origen volitivo de la existencialidad, que denuncia en nosotros una base para la afirmación de la existencia ajena, de la existencia de las cosas y de los otros hombres; una base en la resistencia que se oponen a nuestra voluntad; y estudia con detenimiento la aportación esencial que los sentimientos musculares dan en la Psicología a la confección de la idea del yo y de las otras cosas.

Dilthey considera como la intuición fundamental de la filosofía, esa intuición volitiva que nos revela las existencias. Por otro parte, esto lo lleva también a considerar que en la vida humana la dimensión es esencial para el presente. Del mismo modo que lo que rodea al hombre se le aparece primordialmente en la forma de obstáculos y resistencias a su acción, del mismo modo el presente tiene que aparecernos como el límite a que los esfuerzos procedentes del pasado llegan hoy. Y así la dimensión de lo histórico y de lo pretérito hace entrada en el campo de la filosofía de un modo completamente distinto al que había tenido en la filosofía idealista alemana de principios del siglo XIX.

2.8 La Intuición en Husserl

Por último, diré algunas palabras de la intuición fenomenológica de Husserl. La intuición fenomenológica de Husserl, para caracterizarla en términos muy generales, y por consiguiente muy vagos, habría que ponerla en relación con el pensamiento platónico. Husserl piensa, creo, que todas nuestras representaciones son representaciones que hay que mirarlas desde dos puntos de vista. Un punto de vista psicológico. Si las miramos desde el punto de vista psicológico tienen una individualidad psicológica, como fenómenos psíquicos; pero estos fenómenos psíquicos, como todos los fenómenos psíquicos contienen la referencia intencional a un objeto.

Cada una de nuestras representaciones es, pues, primero una representación singular. Segundo, esa representación singular es el representante, el apoderado, diremos, de un objeto. Así, si yo quiero pensar el objeto Napoleón, no puedo pensarlo mas que representándome a Napoleón; pero la representación que yo tengo de Napoleón tendrá que ser singular: o bien me lo represento en la batalla de Austerlitz con la cabeza baja y la mano puesto en su redingote; o bien me lo represento desesperado, después de la derrota de Waterloo. Cada una de estas representaciones por si mismas es singular, pero las tres aunque sean totalmente distintas unas de otras, se refieren al mismo objeto, que es Napoleón.

Pues bien: la intuición fenomenológica consiste en fijarse en la representación que sea, prescindiendo de su singularidad, prescindiendo de su carácter psicológico particular, poniendo entre paréntesis la existencia singular de la cosa; y entonces, apartando de si esa existencia singular de la cosa, para no buscar en la representación mas que lo que tiene de esencial, buscar la esencia general, universal, en la representación particular. Considerar, pues, cada representación particular como no particular. Considerar, pues, cada representación particular como no particular, poniendo entre paréntesis, expulsando de nuestra contemplación lo que tiene de particular, para no fijarnos mas que en lo que tiene de general; y una vez que hemos podido lanzar la mirada intuitiva sobre lo que cada representación particular tiene de general, entonces tenemos en esa representación, aunque particular, plásticamente realizada la esencia general. Tenemos la idea, como el dice, renovando la terminología de Platón. Como ustedes ven, se trata aquí, para Husserl, de una intuición de tipo que hemos llamado intelectual.

Tendremos, pues, en líneas generales, aproximadamente lo siguiente: que Bergson nos representa la intuición existencial volitiva, y que Husserl representa la intuición intelectual al modo de Platón o acaso también de Descartes. No en vano Husserl ha metido en su terminología muchos términos sacados del platonismo, tanto que en broma, suelen decir los estudiosos de filosofía que a los fenomenólogos no se los entiende, porque hablan en griego. Yo he tenido que hacer algunos esfuerzos, que ustedes no han notado, para evitar pronunciar al hablar de Husserl, tres o cuatro palabras griegas en ristra.

Conclusión

Para terminar, es conveniente que hagamos un intento de extraer de este análisis que hemos hecho de la intuición, algunas conclusiones personales, para nuestro estudio de la filosofía, para nuestras excursiones por el campo de la filosofía. Lejos de mí, que soy, no ya filósofo, sino filosofillo, la idea de querer ser yo ahora también original y desenvolver aquí un sistema genial.

Hay que considerar que estas tres clases de intuiciones que se reparten en grandes líneas el campo metódico filosófico contemporáneo, tienen cada una de ellas su justificación en un lugar del conjunto del ser. El error consiste en querer aplicar uniformemente una sola de ellas a todos los planos y a todas las capas del ser.

Evidentemente, las capas del ser que se hallan dominadas por la construcción intelectual de las ciencias matemáticas, físicas, de la ciencia biológicas, de las ciencias

jurídicas y sociales, aquella capa en donde el ser significa ya, sin preocuparse del origen de ella, existencia y esencia, en aquellas capas lo importante, lo filosóficamente importante es la descripción de la esencia. Hacer descripción de lo que los objetos son.

Para estas capas del ser, evidentemente, la intuición fenomenológica de Husserl es el instrumento mas apropiado; es la intuición intelectual la que, teniendo nosotros el objeto puesto ante nosotros, sometido ya a las categorías del ser estático, del ser ya, el método mas eficaz será evidentemente el de tomarlo bajo la intuición fenomenológica, o sea procurar taladrar las representaciones de ese ser, de esas cosas, para llegar a la cosa misma, prescindiendo de las singularidades y particularidades de la representación.

Pero en cambio cuando nos preguntamos, como es debido, como es absolutamente necesario en la filosofía contemporánea, sin lo cual la filosofía contemporánea quedaría estancada, cuando nos preguntamos si hay alguna capa mas profunda que esa capa del ser previo, si hay alguna manera o modalidad de vivir el hombre antes de que el hombre se haya visto en la necesidad de poner el ser, para luego estudiar lo que eso es, si hay alguna capa previa, esa capa no podrá ser obtenida o intuida por la intuición intelectual, puesta que esta es el instrumento apropiado para la captación del objeto intelectual. Pero si el objeto que nos proponemos captar es preintelectual, es anterior al ser, por decirlo así, es el que precede al ser, es esa vivencia del hombre antes de que el hombre haya resultado creer que hay cosas, entonces tendremos que describir esa vivencia del hombre, anterior a la creencia en la existencia de las cosas, como un puro y simple vivir, pero un vivir que siente obstáculos, que tropieza con resistencia, con dificultades. Y justamente porque tropieza con resistencia, le confiere el ser, y una vez que le ha conferido el ser, entonces ya son esencias, a las cuales se puede aplicar la intuición intelectual.

De suerte que estos tres tipos de intuición no son contradictorios, sino que los tres pueden ser usados en la filosofía contemporánea, y nosotros los usaremos, según las capas de realidad en que estén situados los objetos a que nos dediquemos. En nuestras excursiones por el campo de la filosofía seremos fieles al método de la intuición si unas veces aplicamos la intuición fenomenológica y otras veces la intuición emotiva, o mejor todavía, la intuición volitiva.